

# *DOLER* ES UN LOGRO COLECTIVO

*Terapia narrativa de la dignidad* para responder al  
«trauma»

Ítalo Latorre-Gentoso

## DOLER ES UN LOGRO COLECTIVO

Terapia narrativa de la dignidad para responder al «trauma»

Ítalo Latorre-Gentoso

© Ítalo Latorre-Gentoso, 2026

© Pranas Chile Ediciones, 2026

Todos los derechos reservados.

## 28. El contraprotocolo

### El asco como requisito

En el diplomado una compañera nos preguntó: «entiendo todo esto de que la persona no es el problema, el problema es el problema, el fenómeno político, me encanta. Pero ¿qué hago con este señor, este abuelo de 80 años que violó a la niña, su nieta de cuatro o abusó de ella? ¿Qué hago con el asco que siento cuando tengo este señor enfrente mirándome con cara de que estamos exagerando y de que él no hizo nada?»

Esa fue una de las preguntas más interesantes que nos han hecho estos últimos 20 años, porque nos llevó con Caro y a mí en particular a toda una reflexión en torno al doler.

Le respondimos con tres dimensiones de respuesta. La primera: si la persona no es el problema y llegamos a sentir asco por la persona porque vivimos en este sistema político, en esta cultura occidentalizada que nos lleva a pensar que las acciones de las personas son el reflejo de lo que son esas personas, el reflejo de su naturaleza, de su esencia, entonces es probable que si alguien abusa, yo sienta asco por ese alguien porque estoy entrenado para eso.

¿Cuál es el desafío? Sentir asco por lo que este señor hizo y no por él. Pero eso es un ejercicio, es un ejercicio político intencionado. Es muy probable que lo primero que me va a pasar a mí, sobre todo si estoy cansado o si tuve un mal día, es que voy a decir en mi mente «viejo asqueroso». No voy a mentir. Esto es lo que tenemos más disponible. Esto de la práctica narrativa no se trata de ser buena persona ni limpio por dentro, no soy. Somos parte. Entonces yo probablemente voy a estar pensando «este miserable, ¿cómo me dice esto con esa cara de indiferencia?». Eso voy a estar pensando dentro mío. No lo voy a decir en voz alta, espero, porque ahí pierdo toda la posibilidad de trabajar con esta persona.

Pero lo segundo que voy a hacer, y ojalá tan pronto que lo primero casi no influya, probablemente va a ser luchar contra eso, porque si yo me paro en este lugar a responderle a este hombre, lo más posible es que en mis comentarios, preguntas, intervenciones, lo represente como un «viejo asqueroso», un «miserable», un «viejo de mierda», esto es, si no me muevo de este lugar pronto estaré reproduciendo el protocolo patriarcal y participando activamente en ubicar el problema dentro de ese hombre y no en el contexto socio-relacional e histórico que ha facilitado el abuso y del cual también formo parte. Y si yo lo represento así, le dejo más a mano esa conclusión de identidad o la defensa de que yo soy un profesional cuestionable que no sabe nada de la vida y que es un feminista woke.

¿Con esto la niña de cuatro años está más a salvo o menos a salvo? Menos a salvo. Y mi rol, mi tarea en este trabajo es tratar de hacer todo lo posible porque esa niña esté más a salvo y no más en riesgo. De eso se trata este trabajo.

Ahora, el único que puede dejar de abusar es ese señor de 80 años. Por eso también es importante trabajar con él, porque la única forma de que esta niña esté completamente a salvo de este abuso es que este señor diga «no voy a abusar más de mi nieta porque está mal, estoy avergonzado, esto es terrible, cómo no me di cuenta de lo que hice y no voy a aparecer más en su vida si verme le hace mal, como una forma de cuidarla. Y también me pongo a disposición de la justicia o lo que sea, aunque sea punitivo». Esa niña va a estar a salvo de este abuso si ese señor decide no abusar más de ella.

Pero si yo lo represento como asqueroso, dejo más disponible para él una conclusión totalizante del tipo «soy un enfermo de mierda», y desde ahí puede acercarse a la idea de pegarse un tiro. ¿Eso tiene a la niña más segura? No. Cuando un hombre queda atrapado en la idea de pegarse un tiro porque es un monstruo, el problema queda representado en su propio cuerpo y no en sus prácticas abusivas. Y eso tampoco nos sirve.

No nos sirven los militares que se han pegado tiros porque los van a procesar por la justicia o porque se dieron cuenta, en el mejor de los casos, que lo que habían hecho de violaciones de los derechos humanos había sido terrible.

En realidad, para procesos de justicia, sería mucho más un aporte que esa persona estuviera viva y pudiera, por ejemplo, romper el pacto del silencio y decir dónde están los cuerpos o abrir expedientes que han estado cerrados. Los necesitamos enmendando, no matándose.

La propuesta es: sentir asco, pero no por este señor, sino hacer el esfuerzo de sentir asco por lo que hizo, por lo que hizo este señor, no por él. Y eso implica hacernos conscientes de que estamos pudiendo sensibilizarnos, o sea, doliendo con algo que esta otra persona no está doliendo. Y que eso no es porque somos mejores personas, sino porque hemos tenido algún tipo de exposición política, ética, reflexiva que nos ha sensibilizado, que nos ha permitido desarrollar una sensibilidad ética, política, moral frente a las consecuencias de ese tipo de acciones.

Entonces no somos indiferentes, nos duele. Y desde ahí digo esta conclusión: el doler es un logro, no es una expresión de nuestra naturaleza humana sana, es un logro político. Y como toda expresión humana que no es parte de la naturaleza humana, sino de nuestra historia social y relacional, se vuelve colectiva. Por lo tanto, es un logro colectivo.

Este hombre no está logrando doler por lo que hizo porque probablemente su historia social y relacional lo entrenó para ser indiferente y poner el valor de estas acciones en otros lugares que de pronto para nosotros se nos hace incomprendible que lo sienta y lo viva y lo piense así. Pero ¿qué otras pruebas tenemos que tener de que hay gente que lo hace y que tiene el entrenamiento del patriarcado metido en los huesos, como tenemos metido el género, la nacionalidad, la profesión, nuestros cargos? Creemos que somos eso.

Entonces ¿qué pasa? ¿Dónde se va mi curiosidad? Si yo duelo por lo que este hombre está haciendo es porque tengo nociones que este hombre no tiene: imágenes, imaginaciones, saberes, relaciones. Puede ser porque me lo han hecho a mí, o porque sé lo que es la violación y sus consecuencias, porque sé el miedo y la parálisis que puede generar, quizá he sentido ese miedo o he visto a gente muy querida sentir ese miedo.

## El doler del terapeuta y el riesgo de superioridad moral

El asco, la angustia, la impotencia o las ganas de vomitar frente a relatos de abuso no son obstáculos que haya que neutralizar para trabajar. Son formas de doler. Hablan de que algo en quien escucha todavía puede responder al daño. El problema aparece cuando ese doler es secuestrado por conclusiones moralizantes que permiten ubicarse por encima de quien ejerció abuso. «Es un monstruo», «es un psicópata», «es una mierda», «yo soy mejor persona que él». Ahí el asco deja de operar como primera habilidad y empieza a sostener una posición de superioridad moral.

La tarea no es dejar de sentir asco ni volvernos clínicamente indiferentes. La tarea es cuidar hacia dónde se dirige ese doler. Si se orienta a la condena totalizante de la persona, cierra la posibilidad de conversación y de rendición de cuentas. Si se orienta al daño producido, puede convertirse en una puerta ética para construir contextos donde ese hombre logre doler por lo que hizo, mirar a la persona afectada y responder por las consecuencias de sus prácticas.

## Los tres momentos del trabajo

La rendición de cuentas involucra tres momentos que no son lineales, pero que puedo distinguir para hacer más comprensible el proceso.

### La grieta ética

Siempre hay grietas, siempre hay fisuras en los discursos, siempre hay intersticios desde los cuales uno puede trabajar. Son lugares de agenciamiento político. Pueden ser historias que contradicen la historia del abuso como única historia, y desde las cuales los hombres se pueden parar a mirar el abuso que ejercieron y sus consecuencias.

Buscar territorios es tomar en serio a la persona. En la historia de Juan, la grieta fue las entrañas. En otras historias puede ser el miedo que sentía un

hombre cuando su papá iba a llegar a casa, y que yo tomo muy en serio y que después me facilita preguntarle si está interesado en pensar en el miedo de sus hijos, así como yo estoy preguntándole por el miedo que él tuvo cuando niño. «¿Tu papá se vio interesado alguna vez en tu miedo? ¿Te da lo mismo? ¿Habría hecho una diferencia que tu papá hubiese visto el miedo que tú tenías en tus ojos? ¿Qué sería mirar el miedo de tus hijos? ¿Hacer lo mismo que tu papá o algo distinto?»

Incluso una acción abusiva podría llegar a ser una puerta de entrada a conversaciones subversivas, no para justificarla ni aceptarla, sino para entender qué cree este hombre que está cuidando con tanta fuerza, algo que para él va más allá de ser hombre y que no quiere que sea transgredido, y cómo fue entrenado en cuidar eso. Puede decir «la dignidad», «el respeto», puede usar estas palabras. Así como hay presidentes hoy en día de extrema derecha que usan las palabras «libertad» o movimientos que usan la palabra «vida» para decirse «pro-vida», pero en realidad son pro-control de los cuerpos de las mujeres. Se ocupan estas palabras como si fueran conceptos, pero en ese uso muchas veces son solo palabras, y la gente les cree porque son palabras bonitas. Yo quiero saber si la dignidad o la libertad o el respeto son palabras importantes para este hombre. Quiero saber quién secuestró la imagen y cómo se ha ido llenando esa imagen de la libertad o del respeto o de la dignidad para ese hombre.

### La toma de responsabilidad

La responsabilización es tan simple como: si yo la golpeé, la empujé, se cayó, se rompió la cabeza y tuve suerte porque se podría haber pegado más fuerte y haberla matado, y yo lo hice, y no lo niego, no lo minimizo, no lo justifico. Por lo tanto no estoy avergonzando a esta persona, no la estoy culpabilizando, no la estoy ridiculizando, no me estoy burlando. Yo fui.

Y ahí empieza el trabajo. Por eso cuando el joven de 16 años me dijo «le revisé el teléfono a mi pareja y no quiero ser ese señor», él ya empezó ahí, entonces se me hace más fácil porque la parte más difícil de este trabajo es la

anterior. La parte más difícil, más angustiante, la que genera más sensación de impotencia, es esa parte en la que la persona todavía no dice «sí, yo lo hice, yo lo hice y no está bien».

De ahí empieza un proceso de construir una mirada crítica, o sea, de lograr remordimiento. El remordimiento es esa sensación en que uno dice «uy, pero cómo le dije esa broma a mi amigo anoche, no me di cuenta, pero se debe haber sentido súper mal». Es cuando uno logra mirar algo que hizo con ojos críticos y sentir remordimiento. Y ese es un territorio que nos avergüenza. Es una vergüenza ética, no una vergüenza como mordaza del protocolo, es una vergüenza ética que puede abrir conversación sobre por qué.

Los relatos de vergüenza del protocolo patriarcal del silenciamiento quedan disponibles para quienes viven los abusos y pueden participar en su silenciamiento: «siento vergüenza de mí por haber permitido esto». La vergüenza ética puede aparecer en quienes ejercen abuso cuando empiezan a mirar críticamente los efectos de lo que hicieron y se les aprieta el estómago, se les pone la cara roja, sienten algo que les incomoda profundamente. Esa vergüenza es un logro también. Es señal de que algo se movió.

¿Por qué lo que le hiciste a tu amigo te duele? ¿Qué le hiciste a tu amigo? ¿Cómo se habrá sentido él? Y empieza un proceso de mirar al otro, de nombrar las prácticas desde el remordimiento. Se nombran como abuso: «lo humillé, me burlé, fui injusto». ¿Por qué está mal hacer esto? Entramos en territorios preferidos porque está mal humillar a los amigos, los amigos no se humillan. ¿Qué historias tienes de la amistad que me puedan enseñar eso?

## La ética del perdón y la ética de la restitución: del castigo al remordimiento

Mucho del trabajo con quienes ejercen abuso está fundado en la idea de perdonar. Es una idea que viene de una tradición vinculada a un tipo de justicia, la justicia punitiva, la del castigo, con raíces en la tradición judeocristiana y en el patriarcado. El perdón supone que hay un ser superior con la facultad de

redimirte de lo que hiciste. Dios es un juez, un padre, que perdona luego de haber ejecutado un castigo ejemplificador. Alguien que está arriba y que tiene la facultad de definir que lo que hiciste estuvo mal, de definir que te mereces un castigo, de definir qué tipo de castigo, y, una vez que cumpliste ese castigo, de definir si eres perdonable o no. Es una estructura vertical, y en esa verticalidad el foco está puesto en quien ejerció el abuso y no en quien lo vivió. Hablo acá de hombres heterocis, porque es el cuerpo del que trata este capítulo, aunque la distinción entre la cultura punitiva del perdón y la ética de la restitución es un problema ético más amplio. El abuso tiene implicaciones distintas según quién lo ejerce, no es exactamente igual en un hombre heterocis que en otros cuerpos, y aun así, descrito de esta forma, el problema del perdón y la restitución sería uno compartido.

La justicia punitiva entiende la justicia como una forma de equiparar daños. Si hiciste daño, la respuesta sería hacerte daño a ti para que sientas lo que la otra persona sintió. Así está moldeada hoy buena parte de la justicia, con las cárceles, con los castigos físicos. Una vez que cumplo el castigo, me gano el perdón, y se supone que las personas dañadas por mis acciones debieran quedar tranquilas. Esto suele no ocurrir. No es poco común encontrar a alguien que sale de la cárcel convertido al evangelio o aferrado a algún dios, que cumplió su castigo, y que entonces dice «si yo ya cumplí, si hasta Dios me perdonó, ¿por qué la mamá y el papá de la joven que dañé todavía no me perdonan?, ¿qué más quieren que haga?». Lo digo en el mejor de los casos, cuando hay un arrepentimiento real. Aun así, todo el foco vuelve a quien hizo el daño. El abuso de poder tiene una característica transversal, que siempre está centrado en la persona que se ve beneficiada, y acá se repite, porque hasta cuando pide perdón quien dañó se vuelve a poner a sí mismo en el centro. Es la estructura social que invisibiliza constante y permanentemente a quienes fueron avasallados. Las personas que vivieron el daño quedan fuera de la ecuación.

Cumplir una pena no es rendir cuentas. Cumplir un castigo es padecer algo que alguien impuso desde arriba, y muchas veces no produce ninguna

conciencia del daño. Puede producir resentimiento, producir la sensación de una deuda saldada de forma burocrática, producir a veces la victimización de quien abusó. La frase «yo ya pagué» cierra la conversación sobre el daño justo cuando esa conversación debería empezar. El perdón, además, vive en el ámbito de lo declarativo. Funciona con la ilusión de que, una vez pronunciado, se cambia de página y se puede empezar algo de nuevo, como cuando se declara a alguien marido y mujer, o egresado de la universidad. Como si algo cambiara por el solo hecho de pronunciar la palabra. Rendir cuentas es otra cosa.

Ese perdón que alguien elige para aligerarse, sobre todo cuando no hay justicia ni rendición de cuentas, es otra cosa, una sofisticación política de la que hablé en la trampa de tener que perdonar para sanar. Aquí hablo del perdón como sistema de justicia centrado en quien dañó.

Frente a esa justicia hay otra, la de la restitución. Aprendí de esto sobre todo del libro *Becoming Ethical* de Alan Jenkins, y de conversaciones con Rob Hall en sus visitas a Chile para los seminarios internacionales que hacemos en Pranas. La ética de la restitución pone al centro no a la persona que dañó sino a las personas dañadas, sus voces, sus formas de doler y lo que para ellas sería importante. Son procesos de restaurar lo restaurable, restituir lo restituible, enmendar lo enmendable, reparar lo reparable, y de acompañar con responsabilidad aquello que ya no puede ser restaurado, restituido, enmendado ni reparado. Muchas veces no se puede del todo, y aun así quienes avasallaron tendrían que hacer todos los esfuerzos posibles.

El proceso de rendición de cuentas tiene al centro el reconocimiento de la dignidad que fue transgredida. Cuando hay abuso, cuando hay violación, lo que más declaran las personas transgredidas es su sensación de valía como personas, su legitimidad de existir, y a eso le llamo dignidad. Restituir lo restituible, enmendar lo enmendable, reparar lo reparable, son acciones derivadas de un hecho social y político anterior, que es volver a poner al centro esa dignidad, reconocerla, honrarla, y al mismo tiempo reconocer que fue transgredida de forma injusta, ignorada o avasallada. Esto es independiente de la buena o la

mala intención con la que esos actos de abuso fueron hechos. Lo que importa acá es la relación de poder en la que fueron hechos. No hay mayor acto de justicia, con las acciones de enmendar y restituir que puedan venir después, que volver a poner al centro la dignidad que fue humillada, burlada, transgredida, ignorada, y que las personas se resisten a aceptar que quede así.

La restitución se orienta desde el remordimiento. No se invita a restituir desde la obligatoriedad ni desde la punición, sino desde la capacidad de doler por lo que se hizo, desde ese remordimiento de quien logra doler por aquello que antes no había logrado doler. Eso supone una conciencia de dos cosas al mismo tiempo. Una conciencia del daño que mis acciones hicieron en otras personas, centrada en quienes vivieron ese daño. Y una conciencia de la relación de poder, de que yo estaba en una posición de ventaja, y de que mi golpe en la mesa, mi grito, mi burla, mi humillación, mi ridiculización, mi ley del hielo, mi silencio, la violación, el asalto, la transgresión que hice desde ese lugar tienen efectos mucho más brutales y serios en la vida de las personas que en una relación más o menos equitativa de poder, o derechamente en una de desventaja. Eso ya lo trabajé en la distinción entre violencia y abuso. En la historia de Juan, lo que se movió no fue el perdón sino el remordimiento. Juan pudo avergonzarse de los efectos que tuvo lanzar el teléfono, y de otras acciones suyas, en su expareja, pudo mirarla a ella y descentrarse de sí mismo.

La vergüenza ética, que ya asomó en la toma de responsabilidad, y el avergonzamiento son cosas distintas. El avergonzamiento es moralizar a quien ejerció abuso poniéndolo en un lugar inferior al nuestro, como si quienes hacemos terapia fuéramos mejores personas. Es decirle «¿no te da vergüenza lo que hiciste?, cómo no te da vergüenza, esto debiera darte vergüenza, eres un sinvergüenza». El avergonzamiento impone desde arriba y reproduce la misma cultura del abuso, de la imposición y de la moralización. La vergüenza ética es otra cosa. No se impone, ocurre como consecuencia. Aparece cuando la persona puede reposicionarse en otro territorio de vida, en otras historias suyas desde las cuales se vuelve crítica con sus propios saberes de lo que es el daño, y desde ahí mira los efectos de lo que hizo. Siguiendo a Michael White, ese

reposicionamiento en otro territorio de vida es lo que permite mirar de otra manera. La vergüenza y el remordimiento son el resultado de esa mirada, no un mandato que llega desde afuera.

Ni haber cumplido un castigo, ni rendir cuentas, ni pedir perdón, ni restituir implican que alguien tenga que aceptar a otra persona de vuelta en su vida. La restitución puede tener que ver, justamente, con mantener la distancia o la separación. No es seamos todos amigos y amigas, no es estamos todos bien. Hay procesos que pueden ser vitales y durar toda la vida, porque la transgresión fue tan grande que la restitución podría consistir en asegurar que esa persona no intervenga nunca más en la vida de la otra, o que esas personas no intervengan nunca más en las vidas de las otras. A diferencia del perdón, que es declarativo, las garantías de no repetición ocurren en el tiempo. No son firmar un papel y decir nunca más. Son un proceso continuo.

La restitución no depende del perdón. Alguien puede restituir aunque nunca sea perdonado, y la restitución no le devuelve a quien dañó un lugar en la vida de quien fue dañado. La pregunta deja de ser si me perdonan o si ya pagué, y pasa a ser qué necesita la vida que dañé para estar más a salvo, más escuchada, menos sola.

Todo esto, la restauración, la restitución, la enmendación, supone construir nuevas categorías de lo posible en nuestra imaginación. Nuevas categorías relacionales, en las que la dignidad entra como un hecho y no como algo que se construye, y por eso hablo de honrar la dignidad y no de dignificar. Y nuevas categorías para imaginar los actos vinculados a la rendición de cuentas y a las garantías de no repetición, actos que la cultura punitiva no nos enseñó a imaginar.

## Invitaciones a imaginar otros territorios

Quiero proponerte unas preguntas para imaginar. No buscan una respuesta correcta, buscan abrir territorios que la cultura punitiva no nos enseñó a habitar.

Imagina la humillación en la escuela. ¿Te imaginas si quien te humilló en la escuela te escribiera una carta, o te hablara a través de otras personas, o directamente, según lo que fuera más seguro para ti, y te dijera que no está buscando que lo perdones, pero que tomó conciencia del daño que pudieron hacer esas burlas, esas humillaciones, esos castigos? ¿Te imaginas que te contara que ha estado pensando en ti, en lo mal que lo debes haber pasado todos estos años, que se pusiera a disposición para hacer un reconocimiento, público o privado según lo que fuera seguro para ti, que convocara a quienes participaron de esas humillaciones, y que te contara de acciones concretas que ya hizo, como enseñarle a su hijo a no hacer bullying?

Imagina el abuso en la pareja. ¿Te imaginas si quien te avasalló en una relación te buscara, por la vía que fuera más segura para ti, para decirte que no espera nada a cambio, que ha estado doliendo por el miedo que te hizo sentir, por los gritos, por el control, y que te contara que está rindiendo cuentas frente a otras personas, y que dejó de disputar el relato de lo que pasó?

Imagina el abuso sexualizado. ¿Te imaginas si quien transgredió tu cuerpo reconociera, sin pedirte que lo perdones y sin volver a aparecer en tu vida si tú no lo quieres, que lo que hizo fue una transgresión, que ha estado pensando en lo que eso significó para ti, y que se comprometiera con prácticas concretas para sostener ese nunca más en el tiempo, y con acompañar a otros hombres a entender lo que él entendió tarde?

Imagina la negligencia o el abuso de un padre o una madre. ¿Te imaginas si quien debía cuidarte y en cambio te lastimó te dijera que no viene a pedir que lo recibas de vuelta, que viene a reconocer el miedo que sembró, y que te contara de las cosas concretas que está haciendo para no volver a actuar desde ese lugar con nadie más?

Imagina el abuso de poder de un jefe o una autoridad. ¿Te imaginas si quien usó su cargo para humillarte o avasallarte lo reconociera frente a tu comunidad, asumiera los costos de lo que hizo, dejara de disputar tu versión, y se comprometiera con acciones concretas para que eso no le vuelva a pasar a nadie más bajo su mando?

Me quedo curioso de las imaginaciones que puedan haber surgido con estas preguntas, con estas invitaciones a imaginar otros territorios de la vida. Me quedo curioso de si el solo hecho de imaginar esto abre alguna posibilidad de honrar la dignidad. Y me quedo curioso, si alguna vez ejerciste algún tipo de abuso, de si estas posiciones tienen sentido para ti, y de si podrías llevarlas a la práctica para hacer alguna diferencia.

## Conversaciones de restitución y garantías de no repetición

Rendir cuentas es involucrarse en una conciencia de los efectos de mis acciones desde un reconocimiento de mi posición de ventaja. Yo veo lo que hice y las consecuencias en las otras personas de lo que hice, considerando mi posición de ventaja. Porque una de las trampas del patriarcado es que nos pone a los hombres como si siempre fuéramos chiquititos. Por eso la manosfera tiene tanto éxito: nos vende que los hombres siempre estamos en desventaja. Y como siempre nos representamos como inferiores, no nos damos cuenta del efecto que tiene un grito, un golpe en la mesa, y sentimos que tenemos que violentar tanto. Si nos creyéramos tan importantes no tendríamos por qué ejercer tanta violencia.

Entonces la rendición de cuentas implica asumir mi posición de ventaja y desde ahí mirar críticamente los efectos y empezar a pensar en prácticas de enmendar lo enmendable. No todo es enmendable, no todo es restaurable, no todo es restituible.

Y aquí vuelvo a traer al centro las voces de las personas que vivieron los abusos. Si mis hijos no me quieren ver, entonces yo hago todo lo posible porque mis hijos no me vean. ¿Con eso qué estoy haciendo? ¿Me estoy comprometiendo con no hacer más daño del que ya he hecho? Estoy escuchándolos, estoy siendo el papá que ellos siempre se merecieron: un papá que los escuchara, que no hiciera algo que les diera miedo y temor.

Después vienen procesos de construir, sostener y verificar el nunca más de alguna forma. Sabemos, por procesos históricos de nuestros países, que no se asegura de una vez y que exige trabajo continuo. A eso se le llama «dar garantías de no repetición». Y esas garantías de no repetición no tienen nada que ver con volver a ver a mis hijos si es que mis hijos definitivamente no quieren nada conmigo.

Entonces son prácticas en las que las personas que vivieron el daño están al centro y no quien ejerció el abuso. Eso subvierte una de las lógicas del abuso, que es ponerme a mí al centro con ese «no me importa lo que le pase a las personas, lo que me importa es yo», no perder mis privilegios, mirarme a mí en desmedro de las otras personas. El trabajo termina poniendo al centro a las personas que vivieron el daño. Y eso, como estamos en un territorio preferido y subversivo, también calza con que el hombre está haciendo lo preferido, está haciendo el papá que siempre quiso ser, está siendo un hombre que puede cuidar, está siendo un hombre que puede comprometerse con no generar miedo a las personas.

## 29. La historia de Mauricio

Quiero entrar en una historia para que los tres momentos que acabo de nombrar dejen de ser teoría y aparezcan en su textura concreta. La historia es la de Mauricio, un hombre cis de veintisiete años bien entrenado en la masculinidad hegemónica, o simplemente la masculinidad, ya que unir ambas palabras sería para mí una redundancia. Mauricio me autorizó a contar esta historia con seudónimo y con modificación de algunos detalles, también con seudónimo para la mujer con quien estaba en pareja, a quien llamaré Paulina.

En el entrenamiento que recibió, Mauricio también ha sufrido. Empezó en la escuela, donde vivió abuso de pares, lo que en inglés se llama bullying, porque jugaba mal al fútbol, porque en los recreos se quedaba leyendo o jugando